



**Manuel Bretón de los Herreros**

## **La lavandera**

Pero, señor don Ignacio de mi alma, ¿es posible que en todo ser humano haya usted de ver un tipo digno de ser perpetuado por los tipos de su imprenta? ¿Qué quiere usted que diga yo, ¡pobre de mí! de una pobre Lavandera? Si me pidiera usted la biografía de aquella Felipa Catánea, la famosa Lavandera de Nápoles, que tanto dio que hacer y que decir en las márgenes del Sebeto, me vería yo menos embarazado para complacer a usted; pero usted dirá que no ha ofrecido al público tipos napolitanos, sino españoles, y que su obra no ha de componerse de individualidades, sino de clases y categorías. Tiene usted mucha razón; pero ¿dónde están los rasgos distintivos de una Lavandera, española? La lejía, la paleta, la tabla, el jabón ¿bastan, por ventura, a imprimir carácter en una mujer? Y dado que yo tropiece con lo característico de la especie, ¿ha meditado usted bien las consecuencias de las observaciones físicas y morales a que me provoca? Ya me ha enemistado usted con las Castañeras y las Nodrizas; ¡y también quiere echarme encima la tremenda animadversión de las Lavanderas obligándome a sacar sus trapitos a la colada!... En fin, lo haré porque usted me lo ruega; pero sea de usted toda la responsabilidad. Me lavo las manos, como dijo Poncio Pilato, y entro en materia. Hubo un tiempo en que la honrada profesión de Lavandera (y vaya por

delante este encomiástico adjetivo para predisponer en favor nuestro a las que la ejercen); hubo un tiempo en que la susodicha profesión fue desconocida: primero, porque, haciendo el gasto del humano vestuario las hojas de los árboles o las pieles de los animales, nada había que lavar; y después porque cada hija de vecino se lavaba lo suyo...; su ropa y la de su familia, quiero decir; ¡y ya empiezan las rectificaciones y salvedades! ¡Cuando le digo a usted que es peligroso y resbaladizo, si los hay, el asuntillo que me ha propuesto! Sí, señor, en aquellas edades, venturosamente incultas y dulcemente patriarcales, todas las mujeres, cualquiera que fuese su jerarquía, y lo mismo las hijas de Labán que las encumbradas princesas, ora se llamasen Penélopes o Nausicaas; (estas debieron de ser algo nauseabundas), hacían por sus propias manos todos sus menesteres. SS. AA., más o menos serenísimas, cargaban con el lío de la ropa pecadora, llevábalo al arroyo más inmediato, y allí con amable llaneza y sin sombra de vanidad ni de etiqueta lavaban, aclaraban y torcían; o, lo que es lo mismo, purificaban en primera, segunda y tercera instancia, palios y tocas, túnicas y peplos.

Andando los siglos se fue domesticando y puliendo la sociedad; los progresos de la industria y del comercio crearon cada día nuevas comodidades y placeres; estos progresos de la civilización engendraron necesidades, antiguamente ignoradas, que aguzaban el entendimiento del hombre para satisfacerlas con posteriores adelantos y refinamientos fabriles; mas como todas las inteligencias no se desarrollaban en la misma proporción, ni para todos soplaban igualmente bonancible y próspero el viento de la fortuna, resultó de todo esto un desnivel y desbarajuste social que en vano pretenderían ya corregir los que sueñan con leyes agrarias y otras utopías tan lindas como impracticables. Hubo, pues, y sigue habiendo, y es probable que haya siempre, nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y criados...; y por consiguiente, hubo, hay y habrá Lavanderas; y el número de estas fue creciendo paulatinamente conforme se fue aumentando el ajuar doméstico y complicándose las vestiduras exteriores e interiores de ambos sexos, y a medida que las gentes se han ido convenciendo 518 de que pueden mudarse impunemente de camisa y calzoncillos más de una vez a la semana. Ahora será bueno que hagamos la debida clasificación entre las Lavanderas públicas y las privadas, distinguiendo asimismo entre estas últimas las que jabonan sus propias profanidades y las que lavan pecados ajenos. Respetemos a las que se sirven a sí mismas por no tener quien las sirva; respetemos también y compadezcamos a algunas que pueden tener motivos reservados para no aceptar semejantes servicios, y sigamos al río o a la fuente a la moza de servicio, sea manchega o valenciana, andaluza o madrileña; sea, si usted quiere, asturiana, siempre que sea moza. Confesemos, señor don Ignacio Boix, que no es hombre de gusto el que prefiere los dengues, y los cosméticos, y el corsé, y el polisson, y los nervios de una damisela insustancial y epiléptica al donoso aunque agreste desenfado con que una de esas zagalonas se despoja sin melindre del pañuelo de mulatón y hasta del corpiño de estameña o de percal, si el tiempo lo permite; y se remanga hasta el hombro, y deja que flote a su albedrío sobre la morena espalda la no comprada trenza; y sentada sobre los talones, y medio de bruces sobre la tabla de jabonar, presentando al

orienta su cara trigueña, que el sol, el aire y la fatiga animan y enardecen, y al viento contrario el poderoso reverso, extraño a los miriñaques y peregrino a las hemorroides, se columpia, se cimbreo, se descoyunta, sin duelo de la ropa ni de sí misma, hasta que a fuerza de inmersiones, y paletazos, y jabonaduras, y estregones restituye al lienzo su eclipsada limpieza y su prístina blancura. ¿Qué Ratel ni qué Auriol imitarían los variados ejercicios de aquella singular gimnástica? Y para que nada huelgue en ella, la lengua suele trabajar tanto como las manos. Verdad es que, como se juntan muchas mujeres en un mismo lavadero, no puede faltarles materia en que ejercitar la sin hueso. ¿Cuál de ellas no tiene su cacho de novio? Quién celebra la constancia amartelada del suyo; quién las coplas con que en la noche anterior regaló sus oídos el jaque de su particular devoción. Otra llora en secreto y rabia de celos aparte recordando la mala partida que le ha jugado su chulillo plantándola por otra hija de Eva; pero no da su brazo a torcer, y si alguna maliciosa la interpela acerca de las lágrimas que vierte a su despecho, achaca al chisporroteo de los ojos del jabón el nublado de los suyos. Otra, cuyo galán héroe por fuerza, sacó la suerte de soldado en la última quinta, se desespera hoy al contemplar que su pobreza no le ha permitido poner un sobrestuto<sup>5</sup>; salvo el firme propósito de hacerle ella sustituir mañana, no en el rancho, en el cuartel y. en el destacamento, sino en el corazón vivo y palpitante, de que le envía copia auténtica en las cartas que cada correo le escribe de mano ajena. Más afortunadas que las anteriores, Ambrosia y Ceferina tienen en su presencia a sus correspondientes cuyos, que el uno es fámulo desacomodado y el otro tambor de la Milicia nacional, al paso que los otros tormentos adorados trabajan a la santimperie en la obra del 519 Maragato, no sin riesgo de hacer contra su voluntad el salto del trampolín desde un piso tercero; o cautivando la tierra sudan lo temporal y lo eterno.

Pero si las envidias de las unas y las pullas de las otras ponen término a las sabrosas pláticas amatorias antes que concluya el trajín y el tejemanaje del lavado, los mismos paños, menores o mayores, que bautizan y desentecan, les dan sobrado tema para charlar más de lo justo y preciso. Y, en efecto, si las sábanas, y los camiones, y las chambras, y las papalinas y otras zarandajas supieran hablar ¿qué de cosazas no dirían? ¿Qué de usurpadas reputaciones no naufragarían? ¿Cuántos ídolos no caerían derrumbados al pie de sus dorados altares, erigidos por la lisonja, la credulidad, el interés y la mentira? ¿Cuántos individuos, así del sexo hermoso, como del fuerte, que otros llaman feo, habiendo obtenido falsa patente de sanidad, habrían de ser relegados a sucio lazareto? Por fortuna, la ropa ex-blanca, culpable de pecados secretos, todavía no ha dado en la gracia de espontanearse, como en época no muy lejana lo hicieron algunos beneméritos ciudadanos, descubriendo con las suyas las adversidades y flaquezas de sus prójimos. ¡Llor a la circunspección de la Holanda y la coruña! ¡Bendición al silencio de la muselina y el elefante! Su reserva nos ha excusado tal vez una revolución mucho más espantosa y radical que las veinte o treinta que van consumadas en el presente siglo, y las que aún serán precisas hasta labrar la completa ventura de esta nación privilegiada. Pero si callan los trapos, todas las Lavanderas domésticas y algunas de las públicas saben interpretar, como otras tantas

sibilas, el sentido de los revesados caracteres y misteriosos jeroglíficos con que los susodichos trapos consignan la parte más recóndita y curiosa, si bien no la más inmaculada y pulcra de la crónica contemporánea. El agua se lleva pronto en su corriente, o el fuego de la colada extingue esos testimonios periódicos o sean hojas volantes de la miseria humana, y también se lleva el aire una parte de los discretos e incisivos comentarios a que dan ocasión entre la gárrula turba femenil que se familiariza con lo puerco; mas siempre conserva, y de ordinario exagera la tradición lo más precioso de la historia, y si muchas amas de casa reflexionasen un poco sobre el asunto, antes que poner sus pingos, y con los pingos su hoja de servicios en manos de Lavanderas, se resignarían a imitar el laudable ejemplo de la susodicha modesta princesa Nausicaa. No, empero, todas las Lavanderas son chismosas y parlanchinas: algunas se limitan a tal cual indirecta inofensiva y a alguna que otra socarrona reticencia; otras no dicen esta boca es mía, quizá porque las prendas de su uso personal tienen también mucho por qué callar; y por tanto, menudeando los paletazos y economizando los puños, no se atreven a destrozarse, amén de la ropa, la negra honrilla de sus amos.

Estas y otras amenas conversaciones, con cuyo aliciente se les hace más tolerable la faena, suelen además sazonarse con alegres y por lo 520 regular expresivos y epigramáticos cantares, entonados unas veces en coro, otras a solo, otras a dúo, y por el son más popular y corriente en sus países respectivos, ya sea jota o fandango, caña o muñeira, habas-verdes o playeras, seguidillas o zorcicos.

A propósito de zorcicos, el que haya viajado por nuestras provincias Vascongadas, sobre todo por la nunca bien ponderada de Guipúzcoa, no podrá menos de confesar que allí está la flor y la nata de las Lavanderas. Ellas aventajan en hermosura, generalmente hablando, a las del resto de la monarquía, sin serles inferiores en brío y desparpajo. Son mujeres que profesan su arte con verdadero entusiasmo, y no gastan melindres, ni se andan por las ramas, ni piden gollerías. Vigorosas como los robles y los castaños que crecen en sus montañas, desafían denodadas al viento, venga de donde viniere, y arrostran los rayos del sol... en los quince o veinte días que durante el año osa amanecer por aquellos andurriales el padre de la luz. Nada de acurrucarse tímidas o pudorosas dentro de un cajón, como Kelinigique en el Circo o como las Lavanderas de Madrid en el sediento Manzanares. Nada de estacionarse sobre los céspedes y entre los juncos de la cenagosa orilla. Antes quieren ostentar la libertad y el descuido del plateado pez que la cobardía y negligencia de la verdinegra y asquerosa rana. Diríase que son impermeables según se las apuestan al húmedo elemento. Justamente confiadas en las robustas bases de su edificio corporal... (piernas, que dice el vulgo) no temen que las bañen las ondas lascivas, y con su pan se lo coma el transeúnte que, al ver tan incitativo espectáculo, tenga envidia de las lascivas ondas. La gala de una provinciana es no mojarse las sayas, y ella se ingenia para conseguirlo; lo demás, como decía el otro, ¡que lo parta un rayo!... ¡Es que, vamos, aquello tiene que ver! ¡Sobre que no cabe más perfectibilidad en la parte mímica y arquitectónica de la industria! En otras provincias las funciones de las Lavanderas son prosaicas en extremo, pero allí..., ¡allí hay poesía! No me atreveré a comparar a aquellas criaturas (hablo de las

jóvenes; ¿quién mira a una vieja?...; ¡y desnuda!); no me atreveré, digo, a compararlas con Diana y su séquito en el baño, ni con Anfitrite y su corte en sus diáfanos camarines; pero algunas de esas mujeres-peces, especialmente si son ciudadanas de Azpeitia y Azcoitia, bien pudieran entrar en parangón con las náyades fabulosas. ¡Y vea usted lo que es el mundo, señor don Ignacio! En aquella tierra, por tantos conceptos excepcional, y salvadas algunas aberraciones a que hayan dado lugar los desafueros de la guerra civil, las mujeres se precian de muy morigeradas, y aun muchas hacen alarde de esquivas hasta rayar en salvajes; y no se les ocurre que las piernas sirvan para otra cosa que para andar; y los hombres del país no hacen más aprecio de dichos adminículos que de las nubes de antaño. Ya se ve, nadie da valor a lo que no se le escatima y regatea. Ahí tiene usted, señor editor, en la breve, y acaso un tanto cuanto hiperbólica descripción que antecede, un tipo de Lavanderas asaz 521 pintoresco y apetecible. ¿Quiere usted otro que le sirva de contraste? ¿Quiere usted que le muestre la Lavandera, en todo el bello ideal de la fealdad y en todo el apogeo de la inmundicia? Pues este tipo, con limitadas, pero honrosas excepciones, es la Lavandera pública de Madrid. Entienda usted que por Lavandera pública entiendo yo la que tiene este solo medio de vivir; y, en tal concepto, está a la disposición de todo el que la ocupa, encargándose de volver limpia la ropa que sus pocos o muchos parroquianos le confían en otro estado menos grato a los ojos y a las narices.

Antes de reseñar las cualidades positivas de esta clase de Lavanderas, es necesario indicar sus dotes negativas. Este respetable gremio excluye principalmente en la que haya de pertenecer a él las circunstancias de aseo personal, juventud y belleza, con todos los adherentes y condimentos de la última, a saber, la gracia, el garbo y la presunción. Las hembras del pueblo que no carecen de tales requisitos se dedican en Madrid a otro género de manufacturas, o ejercen el comercio a la menuda, ya ambulantes, ya sedentarias; ora vendan naranjas y limones, toíto agrio; ora torraos y pasas, muñuelos y piñones; ora ramilletes, arvellanas y ráabanos; o bien, por un efecto de su nunca desmentido patriotismo y de su ardiente caridad, recorren entre dos luces las calles principales de la Corte ofreciendo consuelos a los tristes; o ya, a fuer de filantrópicas y hospitalarias, practican en sus casas la obra misericordiosa de dar posada al peregrino. Otras se someten a la condición de criadas, dando no poco que hacer con sus mudanzas de domicilio a los amos, a los memorialistas y a los alcaldes de barrio. Otras, en fin, son reclutadas, mal de su grado, para los talleres de la casa de beneficencia, vulgo Hospicio. Téngase, pues, por intrusa a toda Lavandera de oficio que cuente menos de cuarenta navidades, y a toda la que no se presente cada lunes pingajosa y desgñada a recoger de casa en casa los repugnantes mapamundis acumulados durante una semana en oscuros retretes.

Sin embargo de su fealdad y vetustez, rara es la Lavandera de parroquia, que no tenga un querido, cuando su mal sino lo ha impedido proveerse de un esposo; que este último artículo de consumo no se obtiene así como quiera; pero cuando se trata del primero, nunca falta un roto para un descosido. La guarnición de Madrid es numerosa, el estómago del soldado es la romana del diablo, y cuando faltan las sobras ¿con qué no apechuga un granadero?

¿Qué pierde él en dejarse querer por una prójima, de cuya cuenta corre el excusarle reprimendas y lapos en las revistas de policía, de cuyo plato de callos es partícipe lego en los ventorrillos de la Virgen del Puerto, cuya munificencia le facilita algunos realejos para fumar, beber, jugar y demás gastos religiosos, y a cuyas caricias puede impunemente responder con ultrajes y ternos y cintarazos?

Pero estas ya son personalidades reprobables, y no es lícito a un escritor, por satírico que sea, el entrometerse en la vida privada. Respetemos las debilidades de la mujer, aunque no pertenezca al bello sexo, y volviendo 522 a la Lavandera, confesemos que la de Mantua Carpetana no es peor en punto a lavoteo que la de Sevilla o Zaragoza. Sea que lo denegrido y demacrado y fiero de su rostro y el mal pergeño de su vestimenta haga resaltar más la blancura de la ropa que le fue encomendada, o que realmente se esmere en agradar a los que la dan de comer, ello es que no cumple del todo mal con su obligación. Mas aunque alguna vez suceda lo contrario y por esta u otras razones se la quiera despedir, no se logra fácilmente; que una Lavandera veterana sabe tomar muy bien sus medidas para evitar, o cuando menos diferir tan funesto contratiempo. Apenas habrá una que no cobre cuarenta o cincuenta reales adelantados a cuenta de lo que vaya ensuciando la familia; o, para decirlo con más decoro, a cuenta de lo que vaya ella lavando. Antes que se amortice completamente un empréstito halla medio para empeñarse con otro, y cuando se le niega, protesta que le han robado un mantel, o que la avenida se ha llevado una sábana; mientras la paga en lavaduras, forzosamente han de seguir admitiendo sus servicios; vuelta a las andadas algunas semanas después, o torna al empréstito, o a llevar a una casa la hacienda de otra, y vice-versa, y así sucesivamente. Con semejantes estratagemas se convierten algunas en censos irredimibles de las personas que las emplean, y si antes no las destituye de mano airada una pulmonía, llegan a ser inevitables confidentes de las interioridades de una familia en tres o cuatro generaciones consecutivas. Por otra parte, no son muy raros los casos en que hace una Lavandera, con más o menos buena fe, lo que hacen en España cada diez o doce años los ministros de Hacienda; es a saber, corte de cuentas, o por otro nombre, bancarrota. Piérdese la colada entera, lo cual siempre sucede cuando está más llena; declárase entonces insolvente la operaria, y... sabido es que al que nada tiene el Rey le hace libre.

También hay sus diferentes graduaciones o categorías entre las protagonistas de que vamos hablando: unas son plebe, otras clase media, y otras en fin, dentro de su esfera, tienen humos de aristocracia. Corresponden a la plebe, y es excusado decir que son las más numerosas, aquellas que, por tener poca clientela, acarrear ellas mismas y sobre sí mismas los talegos de peccata mea, de cuyo munda me son responsables; comprenderemos en la clase media a las que ganan lo bastante para endosar la carga, a falta de acémila, a un mozo de cordel; y por último, no serán impropriadamente llamadas aristócratas de la profesión las que prosperan tanto en ella que necesitan para desempeñarla el auxilio de una acémila borrical, a falta de mozo de cordel. Estas próceres residen y trabajan en ambos Carabancheles y otros lugarillos de la comarca, y se guardan muy bien de asistir a los lavaderos de la capital; que si lo hicieran, ¡pobres

de ellas! Correrían mucho peligro de volver a sus hogares sin ropa, sin pollina, y probablemente sin moño y sin orejas. Pues ¡penas es crecida y formidable la legión de Lavanderas que puebla las orillas del Manzanares desde Pórtici hasta el embarcadero del Canal! Y si a la falange femenina agregamos la 523 de sus parientes, amigos y paniaguados, y los figoneros y las buñoleras, y la soldadesca y la estudiantina, ¿quién osaría provocar su terrible saña? Y esta saña terrible ha estado a punto de dar un estrepitoso estallido que hubiera sido causa de una espantosa conflagración en tus afueras y en tus adentros, ¡oh heroica Villa del oso y el madroño!

El vapor, ese omnipotente resorte de la moderna civilización, ese maravilloso agente universal de la novísima industria, defraudador manifiesto y declarado enemigo de las masas proletarias, amenazó no ha mucho de lastimosa, y subitánea muerte a la industria inmemorial del lavado en detalle. Una sola máquina, manejada por pocos brazos, iba a dejar sin pan de Meco y sin vino de Arganda a infinidad de máquinas vivientes. Una empresa (las empresas son el bu de la gente menuda) iba a monopolizar la decencia pública, y ni las costureras ni las planchadoras se hubieran salvado del inminente cataclismo; que los fabricantes de limpieza al vapor prometían, ¡oh escándalo! restituir al vecindario matritense su sucia y deteriorada ropa blanqueada en un santiamén, recosida por ensalmo, y aplanchada y sahumada por arte de birlibirloque. Por fortuna para la comunidad de Lavanderas matriculadas, o los empresarios temieron que estas se declarasen en abierta y desesperada insurrección, como ya lo anunciaban significativos y alarmantes síntomas, o los primeros ensayos del nuevo sistema no correspondieron a las esperanzas del público, y aun de la misma empresa; o, lo que parece más verosímil, el espíritu de rutina ha prevalecido en este asunto, como casi siempre prevalece en la patria de Pelayo al de toda novedad más o menos ventajosa. Ello es que la tal empresa no da ya, según tengo entendido, señales de vida, y que sus fundadores se abstienen por ahora de aventurarse a las temibles consecuencias de la impopularidad, sin que hasta hoy se haya turbado seriamente a las ninfas del Manzanares en la omnímoda posesión de sus fueros, inmunidades y privilegios. Y en paz sea dicho, y aunque me acusen de retrógrado, yo que en este artículo he juzgado acaso con excesivo rigor a las que viven de limpiar a costa del suyo el sudor del prójimo, felicito sinceramente a esas pobres mujeres cuando veo disipada la nube que estuvo próxima a tronar sobre ellas, seguro como estoy de que, si bien la mayor parte de las Lavanderas a precios fijos blasonan de patriótica adhesión a las actuales instituciones, o cuando menos reconocen y acatan los hechos consumados en la presente década feliz, ni más ni menos que acataron y reconocieron los de la década ominosa, no se consideran por eso obligadas a acoger sin examen toda casta de reformas. Es decir, están por el progreso y lo aceptan...; pero a beneficio de inventario. Y ¿no es verdad, señor don Ignacio Boix, muy señor y editor mío, que usted y yo conocemos a muchos fervorosos progresistas que piensan y proceden del mismo modo? Digamos, además, en apoyo de las jabonadoras madrileñas, que estas merecen por su parte ciertas consideraciones sobre las que deben guardarse 524 a toda Lavandera española. Las de la metrópoli son bastante equitativas

en la remuneración que exigen por su ímprobo y afanoso trabajo, atendida la carestía del jabón y demás comestibles, como he leído en la muestra de una tienda, el calzado que rompen por la mucha distancia que hay entre las casas a que acuden, y desde cualquiera de ellas al río, y debiendo tener en cuenta los cuartos que pagan a los arrendatarios de los lavaderos y a los administradores de la colada pública.

Río dije, y si Manzanares me oyera pediría la palabra para rectificar un hecho. En la mayor parte del año se ve el infeliz poco menos exhausto que el erario público, y como si harto no le agotasen los ardores del estío, todavía le hacen despiadadas sangrías para una cosa que llaman baños por antífrasis, quedando tan estancados y exangües los lavaderos, que raya en prodigio la habilidad de las que en ellos consiguen desencanijar la ropa. ¡Así queda aquello que da grima!

¡Es mucho cuento el río de Madrid! Sobran puentes, sobran pingajos, sobran Lavanderas, sobran meriendas, sobran bodegones, sobran garrotazos... Sólo falta allí una bagatela... ¡el río! Y a pesar de eso, todo se lava en él tarde o temprano, y bien o mal..., menos los lavaderos y las Lavanderas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

